

# LINYERAS. JORNALEROS Y BOHEMIOS DE LA LLANURA PAMPEANA, 1917 - 1930.

**Andreas L. Doeswijk**  
*Universidad Nacional del Comahue*

"Historiemos. Al amanecer del Primero de Diciembre, tengo en la clásica "linghera", todos mis muebles reunidos; unos minutos antes de llegar el tren a la estación Tandil nos encontramos esperándole unas cuantas "enciclopedia ambulante", como nos calificaron unos, "beduinos" y "nómades" como nos calificaron con más acierto otros... Llegué a Tres Arroyos... Un patrón cualquiera, de un pueblo cualquiera también, lleva de la fonda 3, 4, 5, 10 peones. Llegamos a la chacra, les dará un galpón de alojamiento: en ese galpón dormirán los perros, las gallinas, llenándolo todo de excrementos y piojos, habrá varias clases de remedio para curar animales. Las pecheras y las matras conservarán las costras arrancadas a las mataduras de los caballos, habrá cueros, epidemia e innumerables porquerías que con el techo de cinc y el calor del verano despedirán un olor nauseabundo... Las camas se armarán encima de algunas maderas o en el suelo; arados, piezas de máquinas, tirantes y envases vacíos formarán el complemento del cuadro. No hablaré de la yerbeada y de la cena; sólo diré que las comidas de la cosecha son inapropiadas, dado el aplastamiento del cuerpo y del agua que se toma. Dejemos las explicaciones de las discusiones variadas que se establecen entre compañeros al acostarse, después de las cuales unos leen, otros duermen y otros bromean...

El obrero agrícola en la Argentina no podrá formar hogar, porque su vida de "nómada" no le dará lugar a poder vivir en él; de la cosecha de trigo irá a la cosecha de papas y de ésta a la de maíz, para dirigirse luego a las construcciones ferroviarias y canales, trabajo de esta índole.

La oscilación de su vida será ésta: dejará un patrón para ser explotado por otro que lo tratará como un extraño que es, haciéndole dormir en lugares inmundos; él no tendrá compañera e hijos, donde alguna vez podrá recibir las caricias de los suyos. Él no es responsable, pero, acorralado por las circunstancias, hará dar al prostíbulo y la taberna cuenta de sus actos.

Cuando se les ocurra rebelarse contra la miseria en que vegetan, reclamando más consideración para su vida, los partidarios del orden dirán a los elementos despreciables que tienen a su servicio que los "gallegos" y los "gringos" quieren venir a mandar en la Argentina...

Entre lo que es y lo que debería ser, hay un gran vacío que deberán llenar los propios interesados, ayudados por hombres de corazón y conciencia... La FORA, las Provinciales, Comarcales y Locales, con el concurso de los compañeros, tienen en las campañas argentinas una gran misión a cumplir".<sup>1</sup>

---

1. *La Protesta*, Buenos Aires, 06/02/1923. "La Cosecha. Sueño y Realidad". Por Jesús Losada.

Este texto, de febrero de 1923 y de autoría del tandilense nacido en España Jesús Losada, describe un cuadro bastante realista sobre las condiciones en que debían trabajar y vivir los peones de la cosecha. Algunas de las ideas aquí expresadas las encontramos también en otros documentos de la historia social de la época: la peregrinación en procura de trabajo; las malas condiciones de empleo, alimentación y alojamiento; el chauvinismo que el nacionalismo incipiente profesaba al "gallego" o al "gringo"; la carencia de afectos y consideración, la imposibilidad de formar un hogar y, finalmente, la represión a los que pretendían organizar esta clase de trabajadores para conquistar legítimos derechos laborales.

En el discurso de Losada, el linyera es un trabajador estacional, pero en la literatura anarco-sindicalista de la época, aparece también como una persona que vivía al margen de la sociedad y de sus leyes, es decir, un vagabundo. Esa condición la adquiriría al infringir dos reglas básicas de la sociedad burguesa: la obligación de trabajar y la de vivir en una residencia fija. Así, los términos "vagancia" y "vagabundo" son aplicados con frecuencia a los "contagiados por el instinto ambulatorio" y no solamente de parte de la prensa conservadora y del partido radical, como **La Nación** y **La Época**, sino también por el semanario **La Tierra** de la Federación Agraria Argentina, el organismo de los pequeños y medianos chacareros, principalmente de la pampa húmeda. Por su parte, una parcela de la prensa libertaria (la ideológica de los intelectuales y no tanto la sindical y obrera) hacía la apología de la vagancia.

La actitud de la opinión pública para con los linyeras variaba según la estación del año. En la época de la recolección, los linyeras eran "brazos para la cosecha" y, fuera de ella, o sea de mayo hasta noviembre, aquellos jornaleros que no encontraban una ocupación fija, sobre todo aquellos que deambulaban por los caminos de tierra y las vías del tren de la pampa húmeda, pasaban a ser "vagos de profesión", "enfermos" y "bandidos".

Antes de continuar, queríamos señalar que el término "linyera", proviene del italiano "la linghera" que era, originariamente, el hatillo de ropa blanca que los trabajadores migrantes de la cosecha llevaban consigo. Posteriormente, el atado pasó a denominar a su portador y su grafía se fue mudando con el tiempo de "linghera" en linyera, en las primeras décadas del siglo XX, y linyera, en la década de 1920. Queremos insistir en el hecho que, en aquel tiempo, el vocablo designaba tanto al trabajador de la cosecha como al ambulante crónico —el que, frecuentemente, se definía como "caminante"— el cual, cabe enfatizar, también solía trabajar en la cosecha.

En cuanto a la denominación "croto", según Diego Abad de Santillán, proviene realmente del apellido del gobernador de Buenos Aires José Camilo Crotto, el cual, ante la abundante cosecha del verano de 1919-1920, permitió a los braceros de la cosecha viajar gratis en los trenes de carga.<sup>2</sup>

---

2. El término de "linyera" es muy anterior al de "croto". El primero data de finales del siglo XIX y el segundo lo encontramos por primera vez, en una publicación de 1925. Con el tiempo, la denomina-

Otra figura de trabajador agrícola peculiar de la pampa húmeda es el “chacarero”. Generalmente se refería a un pequeño o mediano arrendatario que alquilaba unos 30 a 200 o más hectáreas de tierra arable o de pastoreo y que pagaba su renta anual al terrateniente en especie, o sea, con un porcentaje de la cosecha o del ganado.<sup>3</sup>

Desde fines del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, la cosecha, en especial la cosecha fina que se levantaba entre noviembre y enero, reclamaba grandes contingentes de trabajadores. Ahora bien, en períodos de gran desocupación —como, por ejemplo, durante la Primera Guerra Mundial, especialmente en 1917 y, nuevamente durante la década del 30— el problema principal consistía en que enormes contingentes de personas se concentraban en las estaciones ferroviarias de la pampa cerealera en procura de un trabajo escaso, fenómeno que se transformaba en una verdadera amenaza para la población estable, en especial para los comerciantes y estancieros. Veamos un caso en que el contingente de linyeras sin trabajo se unía a los arrendatarios descontentos:

“Vino el año de la seca, 1917, la naturaleza, al dejar de ser pródiga, igualó las condiciones económicas de chacareros y peones, la agitación cundió y se hizo extensiva a todos los feudos. La masa campesina coadyuva en fraternal abrazo, contra un solo enemigo: el terrateniente. Los desocupados cruzaban a pie los campos; iban en caravanas, como nómadas, como parias. (...) Eran “lingheras” y un “linghera” era un ser peligroso”.<sup>4</sup>

“Bandas de vagabundos disfrazados de obreros llama **La Nación** a los linyeras. Algún día terminarán con los vagabundos de la ciudad (...) Contemplad el espectáculo de Rusia”.<sup>5</sup>

No sólo las publicaciones de los trabajadores describían la “cuestión agraria argentina” sino que la llamada prensa grande, en especial **La Nación** de la familia Mitre, se ocupaba del problema. Las publicaciones obreras denunciaban la explotación de la miseria y, a veces, para reforzar las exigencias laborales, incitaban al sabotaje. Por su parte, la prensa burguesa estaba preocupada con la falta de brazos (ya desde 1918 **La Nación** clamaba para que se reabriese la inmigración española e italiana), con la adecuada distribución de los jornaleros por la región agrícola y, sobre todo, con el mantenimiento del orden en las zonas rurales.

---

ción “croto” pasó a tener un significado más peyorativo aún que “linyera”. Hoy en día, una persona desaliñada o sucia se viste “como un croto” y no “como un linyera”.

3. En la zona del sur de Santa Fe y norte de Buenos Aires, entre 1890 y 1930, un contrato “clásico” de locación fundiaria era aquel de tres años en que al dueño se le pagaba 28% del cereal, embolsado y puesto en la estación ferroviaria. Todos los gastos —trabajo, jornales, herramientas, caballada, semillas, bolsas y transporte—, corrían por cuenta del chacarero arrendatario. Pero existían muchas formas de contratos de arriendo. El término “chacarero”, -denominación que viene del quichua “chácara”, señala, entonces, una de las tantas figuras de productores iberoamericanos que se encuentran en un punto intermedio en la escala que va desde el trabajador cautivo al asalariado. Finalmente, desde hace muchas décadas, el término designa tanto al arrendatario como al pequeño y mediano propietario.

4. *El Libertario*, Buenos Aires, 01/09/1923. “Reconstrucción Agraria”.

5. *La Protesta*, Buenos Aires, 27/11/1917. “La cosecha salvadora”.

La preocupación de los terratenientes argentinos con la cuestión de la vagancia y a favor de la paulatina proletarización del potencial de trabajadores rurales, era de larga data y muy anterior al comienzo de la inmigración masiva. Ya el "Bando de Oliden", de 1815, había inventado la "papeleta" firmada por el empleador y el juez de paz. Ese documento debía ser renovado cada 3 meses y colocaba al "sirviente", o sea el no-propietario, ante la disyuntiva de conchabarse en una estancia o ser enviado, compulsivamente, al servicio de la frontera contra los indios.

Fue el caudillo Juan Manuel de Rosas el que implantó efectivamente estas leyes de fijación de la mano de obra a su lugar de trabajo, en provecho de la prosperidad de la clase de estancieros ganaderos de la cual formaba parte. Derrotado Rosas en Caseros, en 1852, los liberales intentaron abolir ese "pasaporte" que inmovilizaba al trabajador rural. Sin embargo, ya al año siguiente, promulgaban un Código Rural sustituido, en 1865, por otro, reformado, a su vez, en 1870.<sup>6</sup>

Esos Códigos Rurales reglamentaban las relaciones laborales entre el empleador y el trabajador y entre éste y las autoridades. Su objetivo primordial era evitar la vagancia. Ser un gaucho "vago y mal entretenido", o sea, no tener la papeleta firmada por el juez de paz, se castigaba con años de servicio en la frontera. De esa manera, los terratenientes formaron una fuerza de trabajo compulsivo, evitaban la merma de la hacienda cimarrona y el gobierno regimentaba soldados para defender las estancias contra el ataque de los indios mapuches y para atacar y diezmar al pueblo hermano de Paraguay.

Este sistema coercitivo no dejaba de tener sus inconvenientes desde el punto de vista de la modernización liberal o capitalista del proceso productivo. Ya hace algún tiempo, Tulio Halperin Donghi señaló que había una contradicción fundamental entre la demanda de mano de obra, por parte de los estancieros, y la política de fijación de los trabajadores en partidos y el reclutamiento militar, por parte del estado argentino. Ese conflicto de intereses encontró una solución parcial con la promulgación de una legislación específica que visaba reducir al gaucho a la condición de un trabajador en relación de dependencia pero no libre. Se ejercía, por ejemplo, un control estricto sobre saladeros "clandestinos" y vendedores o pulperos ambulantes, "la peste más grande que tiene el país". La prohibición de abandonar el partido sin autorización del Juez de Paz, el servicio de la frontera contra los indios, la guerra civil contra la oposición federal y la guerra para destruir el Paraguay, eliminaba la vagancia de la manera más radical posible pero la contradicción básica subsistirá por mucho tiempo. El capitalismo agrario de estancias ganaderas y saladeros necesitaba de una mano de obra libre, abundante y disciplinada pero en cuanto no se abría la gran inmigración de italianos y españoles ésta brillaba por su ausencia. Resultaba más fácil hacer

---

6. SÁBATO, Hilda. *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1986, p. 97 y 99

ingresar la mano de obra nativa al Ejército y a las milicias que convertirla en una masa asalariada rural.

En la segunda mitad del Siglo XIX, el trabajo de la esquila de ovejas tenía alguna semejanza con el de la cosecha a comienzos del Siglo XX. Los peones de la esquila trabajaban sólo de octubre a enero y, durante el resto del año, muchos procuraban su sustento en otros oficios. Además, como veremos más adelante, ambas categorías de trabajadores negociaban las condiciones de su contrato en el inicio de cada temporada.

En cuanto al gobierno, de una forma paulatina la legislación agraria fue cerrando las vías alternativas de subsistencia: prohibición de la caza de ñandúes; prohibición de la explotación de juncales y pajonales; prohibición de recolectar leña del monte y osamentas de ganado, prohibición del uso de la bota de potro.<sup>7</sup>

El ciclo pampeano del lanar se va encerrando al mismo ritmo en que se expande la agricultura del trigo, lino y maíz. El linyera español o italiano comenzó a sustituir a los gauchos, irlandeses y vascos de la agro-industria del lanar.

Si el siglo XIX había elaborado toda una legislación para cercenarle la libertad al gaucho, el siglo XX va a intentar controlar al trabajador del cereal con el discurso moralista contra la vagancia, con la acción de las llamadas policías bravas y, en los casos de revueltas colectivas, con los Escuadrones de Seguridad y, a partir de 1919, con las centenas de Brigadas Rurales creadas por la Liga Patriótica Argentina.<sup>8</sup> Por otra parte, esos Escuadrones de Seguridad y esas Brigadas Rurales también podían ser utilizados para controlar e intimidar a los chacareros arrendatarios.

Tan tardíamente como en el año de 1919, se presenta en la Cámara de Diputados de la Nación un Proyecto de Ley que intentaba punir severamente a la vagancia mediante trabajos forzados y deportación al presidio de Ushuaia en Tierra del Fuego. No tener una residencia y una ocupación fijas, era considerado un delito.<sup>9</sup>

Llamados de parias, beduinos, gitanos, nómades, caminantes, linyeras, crotos y sobretodo, de vagabundos, en cada primavera esos trabajadores rurales se desbocaban por los caminos de tierra o por las vías del tren en busca de trabajo. Pero, claro está, no todos se lo pasaban caminando, o viajando en vagones de carga, durante los 7, 8 o 9 meses en que no trabajaban en la cosecha. Las preguntas sobre el tamaño de este contingente, así como su *habitat* y ocupaciones fuera del tiempo de la cosecha, hasta ahora sólo fueron contestadas

---

7. *Idem*, *passim*, pp. 94 a 96. La bota de potro –muy popular entre los gauchos– se confeccionaba con el cuero inconsútil de las patas del caballo. El sentido obvio de esa prohibición está en que los estancieros querían evitar que los gauchos sacrificasen un potro para aviarse de unas botas.

8. Ver, Sandra Mac Gee Deutsch. *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic Ligue*. Lincoln and London: Un. of Nebraska Press, 1986, p. 95.

9. Ver, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*. 1919, tomo 3, p. 92-93. Proyecto de Ley: "Código Rural de los Territorios". Este proyecto pretendía obligar a los vagabundos a trabajos forzados y, en caso de reincidencia, deportarlos a Ushuaia.

de una forma impresionista ya que poco se trabajó con estadísticas sistematizadas. Ofelia Pianetto, por ejemplo, presupone que todos los golondrinas venían de Europa o de las grandes ciudades de la pampa húmeda como Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca.<sup>10</sup> Posiblemente esto se acerca a la realidad antes de la Primera Guerra Mundial pero difícilmente después de 1913. Efectivamente, ¿en los años en que el saldo inmigratorio era negativo: quiénes levantarían la cosecha?

En 1923 la publicación agrarista libertaria, **Pampa Libre**, de General Pico, territorio de La Pampa, menciona que, "Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca arrojan por sus calles campo afuera a miles de hombres". Pero también dice: "Cruza la Pampa (el territorio: A.D.) y la Provincia (seguramente la de Buenos Aires: A.D.) y veréis, en todas las casuchas, pieles de todas las especies y plumas multicolores. Es el animalejo salvaje que alimenta al poverro".<sup>11</sup>

En 1917, **La Tierra**, portavoz oficial de la Federación Agraria Argentina, parte de la premisa de que los jornaleros permanecían viviendo en la zona rural durante la época "ociosa".

"Si los trabajadores jornaleros se pasan el invierno obligados a mendigar, los colonos no tienen la culpa. ¿Por qué se desahogarán con nuestra cosecha? Es injusto y peligroso organizar los braceros contra los colonos cuando esos braceros no supieron organizarse durante los nueve meses por la comida, cuidando ovejas".<sup>12</sup>

A la semana siguiente, la misma publicación estima que, sobre el total de los braceros de la cosecha, un 20%, son hombres que trabajan en las ciudades y que salen anualmente a tantear suerte o son "hombres de tierra adentro". Un 40% trabajarían todo el año en las chacras o en los pueblos de las grandes colonias cerealeras y el resto, o sea otro 40%, serían:

"Seres ambulantes, incapaces de trabajar con constancia, viciosos empedernidos, fatuos pendencieros; son, en fin, una resaca dañina surgida de nuestro fracaso político económico; son, en fin, víctimas de gobiernos ineptos e inconscientes que no supieron encauzarlos con energía en las vías del trabajo".<sup>13</sup>

---

10. PIANETTO, Ofelia. "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina". En: *Desarrollo Económico*, nr. 24, Buenos Aires, 1984

11. *Pampa Libre*, General Pico, 15/08/1923. "Desocupación y miseria". A juzgar por el contexto, el autor del artículo se refiere aquí a las viviendas de los peones que permanecían en la campaña durante el año y no, por ejemplo, al chacarero arrendatario.

12. *La Tierra*, Rosario, 16/11/1917. "Peones a la cosecha".

13. *Idem*. 30/11/1917. "Colonos y Peones".

Resulta claro que, allá por los días de noviembre de 1917, la Federación de los chacareros le tenía miedo a las reclamaciones de la peonada. Sabían de su vulnerabilidad económica ya que, durante una época del año, el capital dependía del trabajo o sea que los linyeras eran insustituibles y, por eso mismo, el texto que acabamos de mencionar se constituye en una maniobra inteligente contra los terratenientes, los políticos y, sobretodo, contra los linyeras ya que en noviembre, diciembre y enero le exigen a ellos una serie de condiciones laborales en cuanto que en el resto del año se contentan con trabajar por la comida. Los acusan de luchar contra el chacarero, su ex-compañero —es decir, se supone que también los arrendatarios comenzaron su carrera agraria pampeana trabajando como linyeras), pero no luchan contra el enemigo común, o sea, el terrateniente y la clase política. El mismo artículo de **La Tierra** denuncia, en un tono más que furibundo, el trabajo subversivo de los propagandistas:

"Éstos (los ambulantes: A.D.), son los que en estos momentos rodean a los cachafaces charlatanes de plaza y exigen a los colonos, sus ex-compañeros, cosas imposibles (...). Son vagabundos (...). No concebimos cómo pueden lanzar una masa de hombres viciosos y peligrosos contra mártires del trabajo".<sup>14</sup>

En noviembre y diciembre, el mercado de trabajo urbano veía mermar drásticamente la oferta de mano de obra pero, en compensación, la saturación producida a partir de abril deterioraba ostensiblemente el poder de negociación de los trabajadores. De una forma muy creativa, la historiadora social Ofelia Piainetto, relacionó este fenómeno específico de la "estacionalidad" del mercado de trabajo argentino, con el éxito de las huelgas urbanas de noviembre a enero, y su fracaso en los períodos muertos del año.

En todo caso, la parte del contingente de trabajo que, después de la cosecha, no regresaba a Buenos Aires, España o Italia, cualquiera que fuese su proporción sobre el total<sup>15</sup>, poseía algunos medios de supervivencia. Así podría trabajar de "catangos" en la construcción de terraplenes ferroviarios, en las obras de drenaje o canalización de la pampa húmeda; construir alambrados para cercar las estancias ganaderas o trabajar, por algún tiempo, en la estiba galponera de los playones ferroviarios. Y para aquellos que continuaban deambulando por la llanura pampeana y para los que sobrevivían en sus habitaciones rurales precarias, existía la caza menor ya que peludos y mulitas (dos especies de armadillos), liebres, carpinchos, vizcachas, perdices y copetonas, abundaban en la región. Asimismo, la caza podría tener por objetivo la venta de pieles en especial las de nutrias y zorros. Cazar nutrias, por ejemplo, era todo un oficio especializado: el nutriero colocaba sus trampas a una determinada profundidad

14. *Ibidem*.

15. No queremos afirmar que esa proporción sea irrelevante, sino que la historia agraria argentina no investigó sistemáticamente los guarismos de este proceso laboral y social.

en las lagunas pampeanas, generalmente de noche y a escondidas del dueño del campo.<sup>16</sup>

Para algunos de los más viejos, o para los más desmoralizados, quedaba la mendicidad. Sin embargo el linyera –tanto el criollo como el español e italiano– por lo general, era un ser altivo que prefería realizar algunos trabajos a cambio de comida y de “vicios” (yerba mate y tabaco) antes que extender la mano para pedir limosna. De esta manera, fue creada en la pampa argentina una tradición que todavía perdura: dar al caminante una “changa” (trabajo ocasional) ya sea en la estancia o en la chacra. Esa changa podría durar desde un día hasta una semana pero raramente pasaba de ese tiempo. El trabajo podría consistir en cortar leña, reparar un alambrado, limpiar un terreno de yuyos o esquilarse el pequeño rebaño de ovejas del chacarero.

Para el jornalero que, después de la juntada de maíz en abril o mayo, retornaba a la ciudad, la situación no resultaba fácil. El fenómeno económico y social del trabajador estacional llamado “golondrina”, el que se volvía cada año a España e Italia, se extinguió de 1913 a 1919 y después de ese período, nunca volvió a recuperar la relevancia que tenía a comienzos del siglo XX. Por su parte, los que retornaban a Buenos Aires, Rosario o Bahía Blanca, comenzaban a disputarles los puestos de trabajo a los que habían permanecido en la ciudad. Existe una documentación que nos relata cómo, en el invierno austral, se presentaban cada día centenares de trabajadores en el puerto de Buenos Aires en busca de una changa, ni que fuese por un día. Cada día a las seis de la mañana, los capataces escogían una determinada cantidad de trabajadores y el resto se resignaba a volver a sus casas.<sup>17</sup>

Frente a la actitud que contestaba la legitimidad de la ética del trabajo productivo, se levantaba no sólo la prensa conservadora como **La Nación**, sino también la prensa radical, socialista y sindicalista. Los socialistas, que por aquella época tenían un cierto ascendiente sobre los chacareros arrendatarios, nunca consiguieron hacer pie entre el proletariado rural de las pampas aunque bien que lo intentaron. En ocasión de la gran huelga de los braceros del verano de

---

16. Hoy en día, con la nueva inundación de la pampa a causa del fenómeno atmosférico conocido como “El Niño”, pero también a causa de la crisis económica que asola Argentina desde finales de 2001, la caza de nutrias ocupa, nuevamente, a miles de desempleados y pobres de la zona rural. El nutriero, hoy como ayer, suele ser un elemento mal visto por estancieros y chacareros porque su conocimiento de la zona rural lo convierte en un potencial cuatrero. También la pesca de bagres y tarariras en las lagunas pampeanas, más que una actividad deportiva, se convirtió en una estrategia de supervivencia. De esta manera, las inundaciones de 1983 hasta la actualidad, se parecen a la de comienzos del siglo XX en más de un aspecto.

17. Aquí hay que mencionar que entre 1916 y 1930, se había implantado, en forma parcial al menos, en el puerto de Buenos Aires y entre las tripulaciones de los barcos de cabotaje, la práctica del “closed shop”, por la cual se privilegiaba a los trabajadores “afederados” por orden de antigüedad. No es éste el lugar para explicar sus detalles y puede consultarse nuestro artículo: DOESWIJK, Andreas L. “La lucha por el espacio laboral y su dimensión utópica”. En: *Revista de Historia* nr. 8. Universidad Nacional del COMAHUE, 2000.

1919/1920, llama la atención la virulencia con que **La Vanguardia**, atacaba a la Unión de Trabajadoras Agrícolas, que dependía de la FORA anarco-comunista. Realmente, ante la amenaza “maximalista” de los anarquistas vernáculos, se juntaba a aullar con los lobos en el bosque del orden para el progreso. Si en la vieja Europa la social-democracia quería moralizar a la clase trabajadora haciendo una propaganda intensa contra el uso del alcohol y el tabaco –y no abriendo la puerta a la revolución, cuando ésta golpeaba en sus puertas– en la llanura pampeana quería convertir a los indóciles linyeras nómades en agricultores estables, diligentes y racionales. En noviembre de 1919, el diario socialista sermoneaba: “Cuanto más altos sean los salarios y más acentuada sea la capacidad de ahorro de nuestros peones, tanto más fácil será cambiar su condición de hombres nómades en chacareros estables”.<sup>18</sup>

La publicación del Partido Socialista, a igual que **La Nación** y **La Prensa**, hasta llegó a protestar contra lo que consideraba una, “actitud indiferente y hasta tolerante de las policías, de todo el país”, para con los agitadores rurales. Todavía en el artículo que mencionamos, declaraba no saber quiénes eran y de dónde surgieron esos provocadores de la violencia pero, a la semana siguiente, ya lo sabía: eran los “dirigentes anarquistas del V Congreso que quieren llevarlo todo adelante a fuerza de amenazas y atropellos”.<sup>19</sup>

Ahora bien, ¿quiénes eran en realidad esos trashumantes que acudían ese verano a la campaña bonaerense, pampeana, cordobesa, santafesina o entre-riana, a Darregueira, Trenque Lauquen, Arrecifes, Leones, Undinarrain, Alcorta, Trenel, Castex o Tres Arroyos?

En enero de 1920, apareció en **Caras y Caretas** una fotografía de un grupo de jornaleros escuchando a un orador en un espacio, que no llega a ser una plaza pública, del pueblito El Oriente, sur de la provincia de Buenos Aires. Allí podemos observar a un grupo de “agitadores”, escuchando la arenga de uno de esos peligrosos ácratas. Visten bombachas o pantalones “grafa”, una chaqueta de campesino europeo, pañuelo al cuello, calzados de alpargatas y tocados de chambergo o boina vasca.<sup>20</sup> O sea, su indumentaria no era ni la de un gaucho, ni la de un campesino italiano o español, sino un “bricolage” de todos ellos. Al lado del orador –de saco, camisa y corbata voladora, es decir, probablemente un “hombre de ideas”– se puede ver a un grupo de personas que parecía constituir la dirigencia gremial. La revista presenta otras fotos. En una de ellas muestra una manifestación en Tres Arroyos en apoyo al comisario Andrés Cárcano.

---

18. *La Vanguardia*, Buenos Aires, 29/11/1919. “Los peones del campo”.

19. *Ibidem*. El artículo se refiere a la violencia social en la zona sur de la provincia de Buenos Aires en las localidades de Tres Arroyos, Cascallares, Oriente etc. para la huelga (y revuelta) de los linyeras en el verano de 1919/1920. Ver, CUADRADO HERNÁNDEZ, G. “La rebelión de los braceros”. En: *Todo es Historia* nr. 185, 1982; SARTELLI, E. “De sol a sol”. En: Waldo Ansaldi. *Conflictos agrarios pampeanos/ 1*. Buenos Aires: Centro de Estudios de América Latina, 1990. DOESWIJK, Andreas. *Entre camaleones y cristalizados. Los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917 – 1930*. Tesis inédita de Doctorado de la Universidad Estatal de Campinas –UNICAMP–, 1998

20. *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 10/01/1920

Aquí encontramos gente bien vestida, con sus trajes de verano y sombreros panamá de color claro y cinta oscura. Eran los vecinos honorables de la ciudad, los que colaboraron con las fuerzas de represión para mantener a raya a los jornaleros durante las jornadas de diciembre. Según el epígrafe, representan a las casas cerealistas de Tres Arroyos.

Diferentes autores hacen categorizaciones diferenciadas sobre los trabajadores rurales de esa época. Ya vimos que **La Tierra** hacía una distinción entre los que vivían en la ciudad y los que sobrevivían en el campo y entre estos últimos se establecía la diferencia entre los que trabajaban durante el año todo en las chacras y aquellos que sólo se empleaban en ellas durante la época de la cosecha de trigo, cebada y lino y la juntada de maíz. Para la Federación Agraria, entre los peones que trabajaban en forma estable en las chacras, sólo la mitad tenían hábitos de ahorro y la disposición de trabajar, solidariamente, con la familia del chacarero; o sea sólo la mitad de esos peones aspiraba a transformarse un día en un chacarero arrendatario.<sup>21</sup>

Otra sistematización puede ser establecida entre los que Ángel Borda llamaba de croto "changanín" y el croto "remiso" o "refractario", si bien debemos tener en cuenta que con Borda ya nos trasladamos a la década de 1930. El changarán sería un trabajador estacional de la estiba y el remisó, o refractario, un eterno andariego. En el cuento "El vagón", Borda (él mismo linyera y escritor), muestra que ambas categorías no se llevaban bien, que eran diferentes:

"El croto changarán siente desprecio por sus congéneres remisos y lo demuestra con su petulancia bulliciosa y la orgullosa exhibición de su fuerza muscular desbordante. Por su parte, el croto refractario demuestra su desprecio, ignorando a los linyeras intrusos. Dejaban los tinglados al arbitrio de aquellos violadores del silencio... Se creaba un clima tirante".<sup>22</sup>

Otra diferencia notable entre el conjunto de los trabajadores rurales se diseñaba entre los trabajadores de la estiba, de los galpones, y los de la cosecha. Esto se manifiesta en sus organizaciones sindicales específicas. Por ejemplo, de 1919 a 1921 existían dos grandes sindicatos centralizados de peones agrícolas, ambos pertenecientes a la FORA anarquista, a saber: la Unión de Trabajadores Rurales (UTA), de la peonada de la cosecha (la que protagonizó, por ejemplo, la huelga agrícola de 1919/20) y la Federación Obrera Regional Portuaria (FORP) que organizaba a los trabajadores de la estiba en las estaciones ferroviarias de la pampa cerealera.<sup>23</sup>

---

21. *La Tierra*, Rosario, 30/11/1917. "Colonos y peones. Trabajadores y miserables".

22. BORDA, Ángel. "El vagón". En: *Memorias de un libertario*. Buenos Aires: Reconstruir, 1987.

23. *El Libertario*, Buenos Aires, 01/09/1923. "Reconstrucción agraria". Debo a las explicaciones del ex-linyera José María Lunazzi la comprensión de la diferencia entre la FORP y la UTA. Como los anarquistas del V Congreso, con su puritanismo acendrado, estaban contra los grandes sindicatos centralizados, no defendieron estas estructuras sindicales rurales de la agresión de los gobiernos radicales y la Liga Patriótica Argentina.

Antes que comenzara la cosecha propiamente dicha, frecuentemente se producían grandes concentraciones de linyeras en las estaciones ferroviarias en espera de los chacareros o de los dueños de las trilladoras que quisiesen contratar sus servicios. Con anterioridad al año de 1913, predominaba el contingente de italianos y españoles, llamados de "golondrinas" por los sociólogos. Después de esa fecha y, sobre todo, a partir de 1930, el contingente que residía permanentemente en el país pasó a ser mayoría.<sup>24</sup>

A fines de noviembre y comienzos de diciembre esa masa de trabajadores concentrada en los playones ferroviarios podía constituir una amenaza al orden social instituido, en especial en los territorios más alejados como el de La Pampa o el sur de la provincia de Buenos Aires. Una vez iniciada la cosecha, las concentraciones se dispersaban y el momento de peligro de estallidos sociales disminuía y sólo subsistían las reuniones a la noche de las cuadrillas de la estiba, de la cortadora y de la trilladora.

Era durante el período anterior a que comenzara la cosecha, cuando se negociaban los jornales y mensualidades de los trabajadores, salarios diferenciados según los diferentes oficios en que se descomponía el trabajo de la cosecha. Ahora bien, si la cosecha era abundante y la oferta de mano de obra relativamente escasa, los trabajadores, en especial aquellos que estaban asociados en federaciones combativas como la UTA, podían negociar jornales más que razonables. Fue lo que aconteció en aquel verano de 1919/1920. A través de los llamados "Pliegos de Condiciones", los trabajadores rurales consiguieron salarios de hasta 10 y 12 pesos diarios, cuando un salario de un trabajador calificado de la ciudad, difícilmente pasaba de 4 pesos diarios.

Esas conquistas, aunque efímeras, eran reales y no sólo dependían de los factores que mencionamos —o sea de la coincidencia de una cosecha abundante con la escasez de mano de obra— sino también del grado de combatividad de los trabajadores y de sus organizaciones. Por ejemplo, en el sur de la provincia de Buenos Aires y en el territorio de La Pampa, los salarios fueron bien mayores que, por ejemplo, en la antigua región cerealera de Entre Ríos, Sur de Santa Fe y Norte de Buenos Aires. Cuando —sobre todo a partir de 1921, ya sea por la represión ya sea por la falta de visión de dirigentes sindicales anarquistas, "sindicalistas" y socialistas—, la combatividad de los trabajadores decayó, los salarios también decayeron drásticamente.

Otro elemento que queremos someter a la reflexión de los lectores es el siguiente: existe en la historiografía social argentina una tendencia bastante

---

24. La agricultura argentina de 1890 a 1930, en líneas generales, acompañaba los avances de la tecnificación rural, en menor grado que Estados Unidos y Canadá, pero en mayor medida que la inmensa mayoría de los países europeos. Después de 1930, con la producción orientada para el mercado interno y la congelación de las tasas de arrendamiento, esa modernización comenzó a estancarse. Fue sólo a partir de la década de 1960 que se produce la "tractorización" de la agricultura pampeana mientras que la verdadera modernización tecnológica agrícola —sembrado directo, abonos y genética avanzada—, es un fenómeno que sólo se consolidó en la década del '80 y del '90.

tenaz en atribuir todo el trabajo de organización de los trabajadores a las instituciones más o menos estables de la época. Sin embargo, fuera de la FORA anarquista y la FORA sindicalista –transformada en la Unión Sindical Argentina en 1922– actuaban en el campo argentino muchos organizadores “autónomos” e, inclusive, muchos sindicatos de Oficios Varios y secciones locales de la UTA o de la Portuaria, pasaron a la autonomía, ya sea por estar hartos de las peleas ideológicas de algunos dirigentes de Buenos Aires, o porque la UTA y la FORP fueron, de hecho, abolidas a favor del principio anti-centralista de los libertarios.

Ya mencionamos que una de las armas que utilizaban los trabajadores para imponer condiciones más favorables de trabajo, vivienda y comida era la del Pliego de Condiciones. Este es un elemento poco estudiado y también era utilizado por los trabajadores urbanos y aún por los chacareros para mejorar las condiciones de arriendo. Esos Pliegos era confeccionados a escala local, comarcal y, algunas veces, inclusive, a escala provincial y nacional.<sup>25</sup>

Los Pliegos de Condiciones no sólo determinaban los montos exigidos como jornales, especificados por oficios, sino que le otorgaban una gran importancia a las condiciones extra-salariales como alimentación, bebida, horarios de descanso, la jornada de sol a sol –en oposición a la de estrella a estrella–, las condiciones de alojamiento nocturno y las carpas para guarecerse del calor del mediodía durante el descanso en el lugar de trabajo.

En algunos años y localidades el Pliego estipulaba también el dominio, aunque fuera parcial, de los trabajadores sobre el proceso de contratación de la fuerza del trabajo. Así, en ocasiones, conseguían obligar a chacareros, maquinistas y cerealistas a contratar solamente trabajadores federados a sindicatos agrarios, llegando hasta a fabricar listas por orden de antigüedad de personas a ser contratadas.<sup>26</sup>

Lo que antecede se refiere sobre todo a la recolección y trilla de la cosecha llamada “fina”, su transporte por carros hasta las estaciones ferroviarias y su estiba en galpones. Por su parte, la cosecha “gruesa” –en aquella época en que se cultivaba poco girasol y en que la soja era un cultivo desconocido, esa cosecha se reducía en la práctica al maíz–, también involucraba una voluminosa mano de obra, pero su “juntada” presentaba características radicalmente diferentes a las de la cosecha del trigo, cebada, avena y lino.

La cosecha fina, representa una fragilidad: en pocos días –a lo máximo en semanas– debía ser cortada, emparvada y trillada, so pena de los granos

---

25. Un caso de Pliego de Condiciones presentado a escala nacional fué el de los trabajadores de la esquila de ovejas, en 1920. En realidad, se trataba de dos pliegos: uno para la Pampa Húmeda y otro que abarcaba toda la Patagonia. Debido a la inclemencia del clima y a la organización de los trabajadores rurales en ese momento, las exigencias patagónicas eran más elevadas.

26. Esa práctica de elaborar listas de trabajadores que eran impuestas a los patrones, fue copiada de .la Federación Sudamericana de Picapedreros y también de la Federación Obrera Marítima y de los sindicatos de los trabajadores de la orla marítima y fluvial.

comenzar a caerse (en especial los de la avena) y deteriorarse en el suelo a causa de las lluvias. Ahora bien, esa fragilidad del cereal era la fuerza de los trabajadores porque reforzaban su poder de negociación con los chacareros.

Por su parte, el maíz es un cultivo mucho más rústico y el período en que puede ser cosechado es bastante más amplio. De esta manera, el chacarero podía despedir a sus jornaleros para contratar otros. Sólo en casos muy excepcionales podía llegar a faltar mano de obra para la "juntada" porque ésta comenzaba en marzo, cuando las otras faenas habían terminado. Otra diferencia entre ambas cosechas estribaba en el hecho de que la juntada se pagaba a destajo – o sea por bolsa recolectada de choclos deschalados– en cuanto que el trabajo de la cosecha fina era pago por jornales. Es decir, que la juntada se realizaba por una forma de trabajo que se auto-controlaba.

Cálculos demasiado globales pueden llevar a la impresión de que la cosecha fina empleaba una fuerza de trabajo 2 a 3 veces mayor que la juntada de maíz. Si a esto se agregan los factores, ya mencionados, de la rusticidad del cultivo y del trabajo a destajo, nos acercamos a la explicación de por qué las huelgas de los linyeras eran más frecuentes y más exitosas en noviembre y diciembre que en marzo o abril.

Una excepción a la regla que acabamos de formular, fue el año de 1912, en que se presentaba la coyuntura de una cosecha record de maíz con una disminución de la oferta de mano de obra, en especial por parte del golondrina italiano. Esa situación, junto con el constante aumento de la tasa de arriendos y el de los lucros de las casas cerealeras, llevó al sur de Santa Fe y el norte de Buenos Aires a una rebelión de chacareros conocida como "El Grito de Alcorta". Vale la pena subrayar aquí que se trata de una huelga, o de una rebelión, típicamente chacarera y no hemos encontrado en la documentación primaria señales de solidaridad por parte de los linyeras. Ni éstos se solidarizaban con sus patrones, ni éstos con sus empleados temporarios. Tampoco los tiempos de rebelión de chacareros y linyeras coincidían. Como ya fue mencionado, ese tiempo para los linyeras era noviembre y diciembre (cuando discutían el monto de sus jornales) y para los chacareros era a fines de mayo, la época en que se renovaban los contratos de arrendamiento.

La cosecha de maíz se realizaba, hasta la década de 1950 y, en algunas regiones hasta la de 1960, de forma enteramente manual. Era un trabajo típico de linyeras, no sólo en su versión de trabajador temporal sino también en la del caminante o del "verdadero vagabundo" de que hablaba Máximo Croto. No sólo se trataba de un trabajo a destajo sino que, por eso mismo, no había ni cuadrillas ni jefes de cuadrillas como en los trabajos de la cosecha, de la trilla y de la estiba. De esta forma, las pérdidas económicas eran compensadas por una mayor libertad: los linyeras podían determinar su propio horario y ritmo de trabajo; podían juntar 12 ó 15 bolsas de maíz por día, o contentarse con 5, o aún menos que eso, con el único objetivo de "parar la olla". Era una actividad tanto para los que querían "progresar en la vida", como para aquellos que solamente

pretendían sobrevivir. La cosecha fina homogenizaba al trabajador y la gruesa lo diferenciaba.

Hubo organizadores agrarios, tales como José Vidal Mata de la UTA, por ejemplo, que intentaron luchar contra el trabajo a destajo de la juntada de maíz o de la recolección de papas en el Sur de la provincia de Buenos Aires. Pero tanto de parte de los chacareros como de un contingente importante de linyeras, no hubo mayor interés en implantar un sistema diferente al establecido.

El recientemente mencionado José Vidal Mata –un anarquista español que adhirió con entusiasmo a la causa de la Revolución Rusa– fue un incansable organizador de linyeras y chacareros. Desde comienzos de la década del '20, su preocupación principal era para con el progreso de la mecanización de la agricultura argentina. Para él esto significaba no solamente el aumento del desempleo y de la pauperización del trabajador rural, mas también el empobrecimiento y la creciente proletarización del chacarero arrendatario, ya que pocos tendrían la capacidad económica de comprar un tractor y una cosechadora. Al calcular, con lujo de detalles, las consecuencias de las innovaciones tecnológicas que estaban siendo efectivizadas en la década del '20, llegó a la conclusión de que la introducción de la “espigadora a noria” y, más todavía, de la “cortadora-trilladora”, produciría una enorme pérdida de puestos de trabajo. Vale la pena citar al menos una de sus consideraciones:

“Hemos comprobado el grado de perfección a que ha llegado la moderna cortadora-trilladora. Hemos visto cuán hermoso y rápido es el trabajo que realiza. Bastan dos, tres hombres, todo lo más, para completar el equipo de personal. Esta máquina admirable, corta y trilla, simultáneamente. Un hombre dirige desde un asiento la marcha y atiende el mecanismo; otros dos enganchan, cosen y largan al carro la bolsa. Tres obreros que pueden cortar en el día 8 hectáreas”.<sup>27</sup>

Si el corte mecanizado del cereal ya dispensaba a las cuadrillas de engavilladores, horquilleros, caballeros (los que conducían las chatas con gavillas o espigas para las parvas) y parveros; el descarte de la trilladora dispensaba a las grandes cuadrillas especializadas de fogoneros, horquilleros, cosedores y enganchadores de bolsas y estibadores, para mencionar sólo los oficios principales.<sup>28</sup>

Entre los oficios especializados que se mencionan, allá por fines de 1919, está el de “sereno”. ¿Qué es lo que tenía que vigilar ese sereno a la noche durante el período de la cosecha? Consideramos que su función principal consistía en controlar el peligro de incendios, ya que el robo de granos era poco rentable. Ahora bien, los documentos de la época mencionan una cantidad de

---

27. VIDAL MATA, José. *Aspectos del problema agrario en la Argentina*. s/l., Edición de la Agrupación Libertaria “El Trabajo”, 1925, p.34.

28. Hemos extraído estos oficios del Pliego de Condiciones de la UTA, de los comienzos de la cosecha de 1919/1920. Ver, *Tribuna Proletaria*, Buenos Aires, 15/11/1919 y *La Protesta*, Buenos Aires, 06/12/1919.

incendios nocturnos de parvas, en especial, de aquellas en que los patrones no habían accedido a los reclamos de los linyeras. También la máquina trilladora podía ser destruida mediante el sabotaje y el incendio y, en algunos años de efervescencia social, no eran pocas las parvas de trigo y las máquinas trilladoras incendiadas o damnificadas. Consideramos que la opción de disminuir drásticamente a las cuadrillas de peones mediante la introducción de tecnologías nuevas, no sólo podría ser una actitud de modernización tecnológica, sino una forma de debilitar la fuerza del proletariado reduciendo su número y acoplando el trabajo de los cosecheros al ritmo constante dictada por la máquina.

Llegados a este punto, nos podríamos preguntar si los linyeras argentinos constituían algo así como una "clase trabajadora agraria", en el sentido de formar una categoría de trabajadores que estaba situada en el centro de la producción de la riqueza social del país, con conciencia de su condición de trabajadores y dispuestos a defender sus intereses como antagónicos a los de la burguesía. No resulta fácil responder de una forma taxativa a este interrogante. En todo caso, los linyeras argentinos habían sido formados y se habían auto-constituidos en una clase con una determinada conciencia, de una forma diferente a la que describió E. P. Thompson al analizar la historia de los trabajadores ingleses.

En contra de la visión que afirmaría que estamos en presencia de una clase objetiva y subjetivamente constituida, podría argumentarse que los linyeras argentinos, italianos y españoles constituían un elenco demasiado heterogéneo, sólo esporádica y minoritariamente integrado en organizaciones de clase y que trabajaban en la actividad que los identificaba apenas durante algunos meses del año en cuanto que durante la mayor parte del mismo pasaban a ser "otra cosa".

En efecto, el jornalero de la cosecha podía transformarse en un peón de chacra, un obrero portuario, volver a ser un pequeño campesino italiano o español o convertirse en un croto, changarín o refractario, imbuido de espíritu ambulatorio. Unos en Europa, otros en las ciudades; unos morando en la zona rural, otros deambulando por las vías de la geografía plana de la pampa, resulta difícil imaginar una categoría trabajando y viviendo en condiciones sociales tan diversas fuera de la temporada de la cosecha que unía sus destinos durante algunos meses.

Por otra parte, consideramos que esa diversidad y movilidad redundaba también en su versatilidad para elaborar estrategias para enfrentar a los patrones, fuesen ellos estancieros patagónicos, chacareros o maquinistas pampeanos o empresarios ingleses, dueños de las redes ferroviarias, de los puertos o de los barcos de cabotaje. Esa misma movilidad permitía que las ideas y prácticas sociales obreras se difundiesen, no sólo por la pampa húmeda, sino también por la Patagonia, el Litoral fluvial, el Chaco y Misiones.

En medio de la masa de linyeras se movía un grupo, ciertamente no demasiado numeroso, de apóstoles anarquistas que dedicaba su vida entera a "pro-

pagar la idea". Dos comparaciones históricas se imponen. La situación de la zona rural del interior de Rusia, con sus propagandistas populistas (*narodniki*) que iban al encuentro de los campesinos y la región de Andalucía, con su campesinado pauperizado, sus apóstoles libertarios y sus revueltas espasmódicas contra los terratenientes y la guardia civil.

Por supuesto que las diferencias entre las tres situaciones históricas eran más que relevantes. En la Argentina cerealera, si bien hubo años de pobreza extrema e, inclusive, de hambre, normalmente no se llegaba a los extremos de los genocidios rusos y andaluces. Por otra parte, los linieras constituían una clase "nueva", con aspiraciones y representaciones sociales diferenciadas. Su explotación, por parte de estancieros, chacareros y comerciantes, había comenzado allá por la década de 1890 y no acumulaba, como en Rusia y España, siglos y siglos de odio. En años normales, la frustración del liniero se originaba más en el hecho de que la Argentina no era aquel paraíso donde se podía fácilmente amasar una fortuna, ya sea para volver a España o Italia o para comprar una caballada, un arado, una rastra, una sembradora, una chata y unas chapas de zinc, para transformarse en un flamante chacarero arrendatario.

Volviendo al tema insinuado en el punto anterior, ¿podríamos, entonces, hablar de conciencia de clase y, por ende, de una clase propiamente dicha en el caso de nuestros trabajadores rurales de la cosecha pampeana? En todo caso y por las razones esgrimidas hasta ahora, conviene conservar una cierta prudencia, tanto para negarla como para afirmarla sin mediaciones.

Para Edward P. Thompson, los trabajadores ingleses, allá por 1832, se habían (auto)transformado en una auténtica clase en cuanto habían aprendido a diferenciar sus intereses de los de sus patrones. Esa constitución en una clase, se llevó a cabo tanto por sus experiencias objetivas de explotación en el trabajo fabril, como por la transformación de esas experiencias en una conciencia que se manifestara colectivamente en representaciones y acciones concretas. Por otra parte, Thompson trabaja con casos históricos concretos y no diseña una panacea universalmente aplicable; otros trabajadores en condiciones semejantes podrían no llegar a un determinado estado de conciencia colectiva por interferencias ideológicas, religiosas, culturales o políticas.<sup>29</sup>

Ahora bien, un punto débil en la peculiar teoría thompsoniana sobre la formación de la clase, parece radicar exactamente en la cuestión del "punto de llegada". Es decir, el hecho de no haber continuado con la historia social de la clase obrera inglesa en épocas en que se manifestó una notable merma de esa conciencia de clase, nos quita bastante visibilidad sobre la evolución general de la clase obrera inglesa a lo largo de las distintas etapas de la Revolución Industrial.

---

29. THOMPSON, Edward P.. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. 2 vols. Barcelona: Crítica, 1989. Ver, en especial, el capítulo 6: "Explotados".

En efecto, si la clase se constituye *también y no en último lugar* por la conciencia de clase, ¿qué acontece cuando esos mismos trabajadores manifiestan claramente actitudes no clasistas como, por ejemplo, votar a candidatos políticos burgueses o compartir la misma ideología y lenguaje con aquella clase de la cual, se supone, debería diferenciarse nitidamente?. Es, por lo demás, lo que parece haber acontecido con la clase obrera inglesa, después que Thompson la dejó constituida, allá por la época del cartismo. Por otra parte, la clase tampoco se parece a una tela de Penélope que eternamente se teje y se desteje.

Talvez una parcial solución de esta paradoja estaría en considerar a la clase, no como una construcción lineal, ascendente, con puntos de llegada incluido, sino simplemente como una construcción que en determinadas épocas se manifiesta más claramente que en otras. Una construcción que conoce altos y bajos pero que, sin embargo, no desaparece fácilmente. Es la posición de los que creen en las tradiciones fruto de experiencias acumuladas, inclusive las acumuladas en otras latitudes como en el sur de Europa.

Hemos introducido esta disgresión thompsoniana porque en nuestra investigación sobre el proletariado rural y urbano de la Argentina, sobre todo durante la Primera Guerra Mundial y, nuevamente, durante el Trienio Rojo Rioplatense de 1919 a 1921, los trabajadores argentinos, españoles e italianos dieron muestras de una gran combatividad, reveladora de una conciencia consolidada y entre esos trabajadores (en realidad urbano-rurales más que campesinos) los linyeras ocupaban un lugar importante.

No sería del todo aventurado afirmar que la fortaleza de esa "clase" estaba justamente en su conciencia y que, por lo contrario, su fragilidad en sus condiciones objetivas de trabajo. Cuando se citan los textos de Thompson, generalmente se enfatizan los aspectos subjetivos de su historia social del trabajo. Ahora bien, no está de más llamar la atención sobre el hecho que él no pretende desconocer la importancia del lugar y las condiciones del proceso productivo y si, a veces, no se extiende demasiado en describirlos, es por el hecho que otros autores marxistas ingleses ya habían tratado exhaustivamente ese aspecto. La frase de **The making**, "La clase obrera (inglesa) se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros"<sup>30</sup>, revela un notable equilibrio entre esos aspectos ideales y materiales de que estamos hablando. En otras palabras, con la relativa debilidad de uno de los polos de ese binomio —en nuestro caso el del lugar y de las condiciones de producción— peligra la continuidad de una clase trabajadora consolidada aunque de ninguna manera su presencia efectiva en determinadas etapas de la historia social.

Defendemos, entonces, la formación de una clase obrera agraria argentina, pero una clase enfrentada a enemigos nada despreciables, fuera de su enemigo "natural", el capital, debidamente enmascarado por sus protagonistas más endebles, el chacarero arrendatario o el dueño de la máquina trilladora.<sup>31</sup>

---

30. THOMPSON, Edward P. Op. cit. p. 204.

31. En efecto, el gran capital de los dueños de campo, las casas cerealistas y las compañías de transporte, no se enfrenta directamente a la mano de obra que estamos intentando describir.

El primer enemigo de los linyeras era la coyuntura económica y las adversidades climáticas. En épocas de depresión o malas cosechas, les era difícil defender sus derechos laborales o mantener sus organizaciones sindicales.

El segundo obstáculo, tal como lo describió el activista José Vidal Mata, era la tecnificación del agro, eliminadora de mano de obra. La mecanización no sólo significaba ahorro de trabajo, sino también una mejor subordinación de ésta al capital mediante el predominio de la máquina. Ahora bien, hasta la década de 1960, este adversario resultó menos terrible que como lo había vaticinado el anarco-bolchevique español.

Sin embargo, a la postre, el enemigo más acérrimo de esa incipiente y combativa clase agraria, fue la perspectiva de la movilidad vertical ascendente, la de convertirse en un chacarero arrendatario, primero, y propietario, después. Y esto no constituía sólo una ideología o falsa conciencia, sino una posibilidad real. Muchos arrendatarios comenzaron su historia agraria como linyeras y, como lo muestra la obra de Osvaldo Barsky y Alfredo Pucciarelli, de hecho, muchos arrendatarios fueron adquiriendo sus chacras, sobre todo después de 1930.<sup>32</sup>

En un país con tierras relativamente abundantes (aunque históricamente apropiadas por la clase terrateniente), con una población escasa y con una mentalidad de inmigrante que desea convertirse en propietario, peligraba la consolidación y continuidad de una verdadera clase de trabajadores rurales organizados. La etapa de 1930 a 1975, la de la expansión del mercado interno, favoreció tanto el estancamiento de la producción agrícola como la de una reforma agraria capitalista y populista “espontánea”, debida tanto a la presión sobre la tierra por parte de los arrendatarios como a la política conservadora y peronista de congelamiento de las tasas de arriendo.

En todo caso, las, aproximadamente, 200.000 familias, entre arrendatarios y jornaleros estables, afincadas en la pampa húmeda y los cerca de 300.000 trabajadores estacionales, los cuales, a comienzos de cada verano, llegaban

---

32. Ver, BARSKY, Osvaldo. “La Información Estadística y las Visiones sobre la Estructura Agraria Pampeana”. En: Osvaldo Barsky y Alfredo Pucciarelli. *El Agro Pampeano. El fin de un período*. Bs. As. FLACSO, 1997, p. 87 a 110. El autor alerta convincentemente contra el reduccionismo en que ha incurrido la historiografía agraria argentina convencional. La visión tradicional sobre los arrendatarios de la pampa húmeda enfatiza, entre otros aspectos: la subordinación de la producción cerealera a la pecuaria; la extrema inestabilidad de los chacareros a causa de la precariedad de los contratos; el no reconocimiento de las mejoras introducidas por el arrendatario en el campo alquilado y el control sobre la trilla y la venta del cereal. Por otra parte, este abordaje desconoce la existencia del arriendo de campos para la producción ganadera; la heterogeneidad del tamaño de las parcelas alquiladas -en 1914, el 46,6% oscilaba entre los 100 y los 500 hectáreas; el cese virtual, por 1910, de la combinación productiva, chacra/estancia; la existencia de explotaciones mixtas; una división mucho menos rígida entre propietarios y arrendatarios que lo que tradicionalmente se afirmaba y una presencia continuada de un mercado de tierra, a pesar del aumento del precio de la misma. Por último, Barsky critica la atemporalidad de los enfoques historiográficos sobre la cuestión del arriendo ya que tratan el tópico como si el sistema no hubiera sufrido modificaciones desde 1890 hasta la actualidad. De hecho, el número de parcelas arrendadas pasó de 81.766, en 1914, a 157.055, en 1937, y el sistema de arriendo tradicional se extinguió, entre 1942 y 1969, en primer lugar, a causa del congelamiento de los arriendos por parte del Estado.

desde el Sur de Europa y de las ciudades y pueblos argentinos, sólo parcialmente se establecieron en las áreas rurales pampeanas como una población estable o como un estrato social el cual, como consumidor, podría incentivar la industria regional. En este contexto, los proyectos del liberal Domingo F. Sarmiento —el cual quería fundar 1.000 colonias agrícolas semejantes a Chivilcoy— o del socialista Juan B. Justo —con su postulación de un *Homestead-Act* argentino— no resultan tan descabellados como algunos autores revisionistas lo pretendieron presentar en una época no tan lejana.

Entre 1919 y 1921 —período que hemos denominado como el Trienio Rojo Rioplatense y que la historiografía social continúa reduciendo a la Semana Trágica de Enero de 1919 y a la Patagonia Rebelde de 1920 y 1921— hubo una organización notable entre los trabajadores del cereal. En todas las regiones triqueras y maiceras —tanto en el sur santafesino y cordobés, como en el norte, oeste y sur bonaerense, como en el Territorio Nacional de La Pampa— constituyeron secciones de la Unión de Trabajadores Agrícolas y de la “Portuaria”. ¿Cómo se explica entonces que esas organizaciones prácticamente desaparecieron o se diluyeron en pequeños cenáculos ideológicos de militantes en los años posteriores a 1921? Es más, ¿cómo fue posible que sólo el estado peronista “les diera” los derechos laborales a los trabajadores rurales, que se transformaron en una masa de agradecidos (de “deferentes”, diría E. P. Thompson) por haber obtenido de Perón lo que no supieron conquistar como obreros anarquistas, sindicalistas o comunistas?

Las respuestas fundamentadas en evidencias históricas no son fáciles de encontrar. El caso argentino se aproxima, aunque sea sólo “de cierta manera”, no tanto al de Rusia de 1917, sino al de España e Italia en la época inmediatamente posterior a la Guerra Grande. La década de 1920 constituyó para la Argentina, no tanto el final de una época, supuestamente de paz social y crecimiento económico sino, más bien, el comienzo de un largo período de más de 60 años de alternancia entre dictaduras militares y gobiernos más o menos democráticos.

Esto tanto es así que, ya en enero de 1919 se estaba frente a las posibilidades reales de un golpe militar en contra del gobierno radical de Hipólito Irigoyen, y la situación social argentina, con los grandes conflictos en Buenos Aires, Chaco y la Patagonia, pero también en la pampa húmeda de los linyeras, estaba en el centro de esta cuestión. Finalmente, el estado argentino con la colaboración de las organizaciones paramilitares como la Liga Patriótica Argentina y la Asociación Nacional del Trabajo, junto con la Policía y las Fuerzas Armadas, consiguieron evitar que las rebeliones se transformasen en una revolución popular. No existen grandes dudas acerca de que el estado y las llamadas clases conservadoras argentinas, supieron crear mecanismos tanto de represión como de contención social. Por ejemplo, “permitieron” que se aprobase la Ley Sáenz Peña del voto (masculino) universal y obligatorio, la cual, a su vez, permitió el

acceso de los radicales al gobierno y, parcialmente al menos, al poder. Las divisiones ideológicas entre anarquistas, socialistas, comunistas y sindicalistas que, a partir de 1921, se operaron en el seno de las clases trabajadoras rurales y urbanas en la Argentina junto con la fragilidad de esos lugares de trabajo temporarios y el propio proceso de producción, tanto en la pampa, como en la Patagonia y el Chaco, seguramente también contribuyeron para que las clases conservadoras consiguiesen contornear el conflicto social instalado de 1918 a 1921. Por su parte, la Crisis del '30 llevó a los trabajadores argentinos a una futura cooptación por parte del populismo peronista.

Si en la década del '20 los anarquistas, al renunciar a organizar a los trabajadores argentinos en organismos de clase, entregaron esa organización a los socialistas, sindicalistas y comunistas, éstos tampoco supieron comprender sus aspiraciones materiales y simbólicas, privilegiando proyectos idealistas, corporativistas e ideológicas. En 1945, el fracaso de los sindicalistas, socialistas y comunistas argentinos, fue tan estrepitoso como lo había sido, en 1921, el de los anarquistas, divididos en sectas enfrentadas entre sí. El populismo peronista no sólo cooptó, o conquistó, sus estructuras sindicales sino también, lo que era más irreversible, muchas de sus banderas de combate y de sus representaciones colectivas, resignificándolas.

Pocos argentinos que viven actualmente en la zona rural perciben que esos linyeras o crotos que todavía recorren los polvorientos caminos de tierra o las trilladas del tren —ahora casi totalmente desactivadas—, son reliquias sociales de un pasado en que enormes contingentes de trabajadores se dirigían hacia las zonas en que había una cosecha para levantar y jornales a ganar.

En realidad, esos errantes del nuevo milenio heredaron el nombre con que se designaba a una categoría de trabajadores caracterizada por su inestabilidad, movilidad y estacionalidad. Si bien un contingente nada despreciable de esos jornaleros vivía en la zona rural, la mayoría provenía de las ciudades argentinas y —especialmente antes de 1913 y, nuevamente, entre 1919 y 1939— de las regiones empobrecidas de España e Italia.

Ya fue dicho que en la Argentina existen pocas familias de origen rural que no cuenten con algún linyera entre sus antepasados. Sin embargo, el tiempo fue transformando la memoria y la visión sobre este arquetipo social tan peculiar. Ahora resulta que el abuelo no fue un linyera, croto o changarín, sino un joven emprendedor que comenzó su vida laboral, desde abajo, trabajando como jornalero en la cosecha. O tal vez era un "golondrina" español o italiano, o sea, formaba parte de una categoría acuñada y difundida por la sociología que encontró una recepción favorable en el lenguaje corriente.

Que esos linyeras se encontraban en el centro de la producción de la riqueza argentina y que, en determinados períodos históricos, construyeron mecanismos estratégicos para intentar dominar el mercado de trabajo mediante el *closed shop* (o sea el dominio sobre las fuentes de trabajo por parte de los gremios

rurales) o lucharon con ahínco para intentar mejorar las condiciones en que realizaban sus tareas, todo eso se ha perdido para la memoria colectiva. La presencia de un croto pidiendo una changa como estrategia de supervivencia, no suele activar la memoria recordando que, un día, ese tipo de persona, realizaba el trabajo que hoy hacen los tractores, cosechadoras o tolvas mecánicas.

Nos parece que vale la pena rescatar del olvido y de la condescendencia de la historia tanto a esa figura folclórica del bohemio que caminaba por las vías del tren en pos de un horizonte siempre huidizo, como a la de ese trabajador de la cosecha, protagonista de una y mil luchas sociales. Ellos complementaban su movilidad física en procura de trabajo con una posición combativa que rechazaba aquel mundo cristalizado en donde unos mandan y otros obedecen.

## Bibliografía

### A. Publicaciones periódicas

- Caras y Caretas*, Buenos Aires. (Revista de humor)
- Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*. Buenos Aires.
- Desarrollo Económico*, Buenos Aires.
- La Época*, Buenos Aires. (Diario del Partido Radical)
- El Libertario*, Buenos Aires. (Publicación anarquista)
- La Nación*, Buenos Aires. (Diario liberal)
- Pampa Libre*, General Pico. (Publicación anarquista)
- La Protesta*, Buenos Aires. (Diario anarquista)
- Revista de Historia*. Neuquén, Universidad Nacional del COMAHUE
- La Tierra*, Rosario. (Órgano de la Federación Agraria Argentina)
- Tribuna Proletaria*, Buenos Aires. (Publicación gremial)
- La Vanguardia*, Buenos Aires. (Diario socialista)

### B. Artículos y libros.

- BARSKY, Osvaldo. "La Información Estadística y las Visiones sobre la Estructura Agraria Pampeana". En: Osvaldo Barsky y Alfredo Pucciarelli. *El Agro Pampeano. El fin de un período*. Bs. As. FLACSO, 1997.
- BORDA, Ángel. "El vagón". En: *Memorias de un libertario*. Buenos Aires: Reconstruir, 1987.
- CUADRADO HERNÁNDEZ, G. "La rebelión de los braceros". En: *Todo es Historia* nr. 185, 1982.
- DOESWIJK, Andreas L. "La lucha por el espacio laboral y su dimensión utópica". En: *Revista de Historia* nr. 8. Universidad Nacional del COMAHUE, Neuquén, 2000.

- DOESWIJK, Andreas. *Entre camaleones y cristalizados. Los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917 – 1930*. Tesis inédita de Doctorado de la Universidad Estatal de Campinas – UNICAMP -, 1998.
- MAC GEE DEUTSCH Sandra. *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic Ligue*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1986.
- PIANETTO, Ofelia. "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina". En: *Desarrollo Económico*, nr. 24, Buenos Aires, 1984.
- SÁBATO, Hilda. *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1986.
- SARTELLI, E. "De sol a sol". En: Waldo Ansaldi. *Conflictos agrarios pampeanos/ 1*. Buenos Aires: Centro de Estudios de América Latina, 1990.
- THOMPSON, Edward P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. 2 vols. Barcelona: Crítica, 1989.
- VIDAL MATA, José. *Aspectos del problema agrario en la Argentina*. s/l., Edición de la Agrupación Libertaria "El Trabajo", 1925.